



GRILLO

Un relato de Braulio A. García

A Grillo lo encontramos Celia- mi pareja de entonces- y yo, en la Carretera de Canillejas a Vicálvaro, un día que salimos con la intención de hacernos con un perrito y estábamos tratando de localizar a una protectora de animales situada en algún lugar entre esos dos barrios madrileños. El pobre estaba junto a un taller mecánico en actitud mendigante, con el rabito metido entre las patas y las orejas gachas. Al interesarnos por él, nos dijeron los del taller que probablemente alguien lo habría abandonado y que se mantenía por allí porque ellos le daban un trozo de pan de vez en cuando, que si lo queríamos, nos lo podíamos llevar sin problema, que mejor estaría en nuestra casa que cerca de aquella carretera con tanto tráfico.

Celia lo llamó y, sin abandonar su actitud sumisa, vino trotando ladeado, como lo hacen todos los cachorrillos, hasta nuestro coche. En sus ojillos legañosos traía encendida la esperanza de haber encontrado a unos buenos samaritanos dispuestos a matarle un poco el hambre. “Pobretico, ¿nos lo llevamos?” – me preguntó la granaína mientras recibía cien mil lametazos del perrillo-. Cuando lo cogí para meterlo en mi Dodge Dart del año catapún, “me di de cuenta” que el pobre esta “lisiadito” de pulgas y pringado- o emporcado- de hocico a rabo.

Nada más llegar a casa, lo metimos en la tina y lo bañamos a conciencia para descubrir, después de cuatro o cinco enjabonadas y otros tantos aclarados, que además de pulgas y de la costra de grasa y tizne del taller, también portaba un buen número de bien aferradas garrapatas. Lo secamos vigorosamente entre los dos para que se le quitara el temblaqueo- estábamos en invierno- y le arrancamos con unas pinzas, una a una, un par de decenas de esos asquerosos ácaros. Entonces, ¡oh milagro!, empezó a emerger ante nuestros ojos una preciosidad de unos tres meses de edad, de color negro azabache, ojos vivaces, y unas patas enormes que acababan en unas almohadillas también desproporcionadas, lo que me hizo pensar que el jodío iba a ser grandecito. Mientras devoraba con glotonería una escudilla de leche tibiecita con pan en remojo, decidimos llamarlo Grillo, haciendo honor a su color.

Cuando Don Grillo ya tenía unos seis meses, el pisito que ocupábamos en la calle Ramón de Aguinaga, en el torero barrio madrileño de Las Ventas, se nos hizo insuficiente. El veterinario ya nos dijo, al día siguiente de haberlo adoptado, que probablemente sería un cruce entre un dogo y un mastín de los Pirineos... Total que, en vez de haber encontrado un perro, nos habíamos llevado a casa a todo un elefante.

Vivir con Grillo no era precisamente fácil. El muy hijodesumadre le metía el diente, indiscriminadamente, a todo cuanto quedara al alcance de su hocico: zapatillas, toallas, alfombras, revistas, long plays, fregonas, palas de la basura, cinturones, calzoncillos, cables del secador del pelo, del teléfono, del televisor, etc. etc. etc.... Todo lo teníamos que dejar fuera del radio de acción de sus destructivos dienteitos.

Además del inconveniente de sus ansias destructoras, en cuanto comía había que bajarlo rápidamente a la calle para que hiciera sus necesidades, porque el hombre era de “entrega inmediata” y si nos tardábamos un poco, nos dejaba un “regalo”, tamaño bosta de vaca, en cualquier lugar.

Yo traté, inútilmente, de disciplinarlo amenazándolo con un periódico “enrollado” con el que golpeaba el suelo, pero jamás le asustaron ese tipo de correctivos. Entonces recordé que los lobos alfas, los líderes de las manadas, someten a los miembros díscolos de su grupo apretándoles el hocico. Traté de convencer a Grillo de que yo era un fiero lobo alfa, con los colmillos retorcidos, pero el muy velillo, creyendo que lo que yo le proponía era un juego un poco rudo, se revolvía como una fiera y hacía presa en mi mano mientras gruñía como un condenado ... Así que no tuve más remedio que pasar a la fuerza bruta, al jarabe de palo, y darle alguna que otra nalgada para que entendiera de una vez que yo era el jefe de aquella manada de tres;- o como decíamos antes: “el que más meaba”-... pero ni con esas. Era tan grande y tan fuerte que no le afectaban demasiado mis sopapos.

Otro aspecto de la convivencia con Grillo que al principio, recién traído, nos hizo algo de gracia, pero que, a medida que fue creciendo, y por obvias razones, acabó hartándonos, fueron sus inoportunas flatulencias... La primera vez que ocurrió, sembró la sospecha entre mi pareja y un servidor, hasta que descubrimos quien era el autor de aquellas silenciosas y reiteradas agresiones a nuestras pituitarias. El muy desgraciado cogió esa fea costumbre y, cada dos por tres, teníamos que salir huyendo, medio asfixiados, a tomar bocanadas de aire fresco al balconcito que daba a la tranquila calle.

Recuerdo, especialmente, una noche en que estábamos viendo uno de aquellos programas de miedo de los Serrador (“Historias para no dormir”), sentados en el sofá ante la tele, y él se nos acercó en plan zalamero, buscando cariño y lo dejamos que se subiera al sofá y se echara, cuan largo era, sobre nuestros regazos. Así estuvo un gran rato. Yo le sobaba distraídamente las orejotas y Celia hacía lo propio, rascándole la barriga. En un momento dado, parece que se sintió incómodo y quiso cambiar de postura, se dio la vuelta, impasible ante nuestras protestas, e invirtió su posición: ahora la cabezota descansaba en los muslos de Celia y a mí me tocó cargar con la parte del rabo... Como estaba tan embebido con lo que pasaba en la caja tonta, no me percaté del peligro que

corría... y cuando caí en la cuenta de que se gestaba la explosión de un artefacto nuclear sobre mis piernas- ¡a sólo tres palmos de mi sufrida nariz!- ya era demasiado tarde... Desde entonces sé lo que debieron pasar los soldados gaseados en sus trincheras, en la interminable y sangrienta batalla de Verdun, durante la Primera “Locura” Mundial... Después de aquella aciaga noche, estuve un tiempo recelando sobre si el cambio de postura, antes de la deflagración, no lo habría hecho a propósito el muy cafre, para vengarse de mis vanos intentos de disciplinarlo... claro, como la otra solo le hacía carantoñas, no le iba a pagar de esa hedionda forma.

Cuando la madre de Celia, enterada de los amores de su hija, vino de Granada a conocerme, la invitamos a comer en el piso, y Grillo de inmediato se echó debajo de la mesa, justo a sus pies, esperando que la visita le diera algún bocado de vez en cuando. Ninguno de los dos, con el ajeteo de preparar la comida y disponer la mesa, caímos en cuenta del peligro que se cernía sobre la pobre mujer.

Una vez roto el hielo, después de “jilbanarnos” una botellita de vino, cuando estábamos en pleno disfrute del café y el licor, en agradable sobremesa, a Grillo no se le ocurrió otra cosa que regalarnos con una de sus silenciosas ventosidades. Mi futura suegra se quedó lívida, porque, al estar hablando, parece que aspiró algo del gas mostaza que acababa de lanzar el sollajo del perrito. Yo me levanté disparado y mientras iba abriendo ventanas, lo llevé a rastras hasta la solana. Cuando regresé al salón comedor, dije algo así como “¡Perdone, pero se nos olvidó decirle que, este perro es un cochino!” a lo que respondió la señora, haciendo gala de esa proverbial retranca andaluza: “Hay que ve... pero que malafollá tiene el animalico este... bueno, vaya usted a sabé... acuérdesse de lo que dice er disho: quién tiene niños, O PERRO, no pasa vergüenza”.

No sería esa la única vez que Grillo me dejó en evidencia ante mi futura suegra: Meses después, cuando decidimos casarnos, fuimos a Granada para que yo conociera al resto de la familia de Celia y, como no teníamos con quien dejar al monstruo de Grillo, decidimos viajar con él hasta la ciudad de la Alhambra y el Generalife.

Una vez en Granada, Don Juan (q.e.p.d.), el padre de mi futura mujer- el señor más serio y buena persona que yo he conocido- me preguntó que si no me importaría quedarme sólo en un chalecito que tenían, y tienen, en la carretera de Armilla, así el perro podría retozar en el jardín y ellos no tendrían que apretarse en su piso de la Plaza de Cervantes para hacerme sitio- sospecho que el buen hombre temía que yo fuera un desmandado y que tratara de colarme en la habitación de su hija en su “propia casa”... ¿acaso no era un artista peludo?-.

Así que me dejaron en el chalecito con la promesa de volver al día siguiente temprano para preparar una tremenda paella y una pipirrana granadina. Grillo

estaba feliz en el jardín, echado sobre el fresco césped, recuperándose también del larguísimo viaje que acabábamos de hacer, ya que durante los casi 500 kms de aquellas carreteras de antes, paramos sólo para comer, repostar y cambiarle el agua al capirote.

Las mujeres me prepararon el dormitorio principal del chalet (el de mis futuros suegros) y cuando se fueron todos hacia la ciudad, me di una ducha y me dispuse a acostarme, cansado de intentar ver el programa de José Luís Balbín, La Clave, mientras daba cabezadas ante el televisor. Estaba roto, bueno, más que roto: “rompío”.

Antes de meterme en la cama, abrí la ventana que daba al jardín para ver que hacía Grillo. Como el tipo era tan negro y la noche no era de luna, no lo veía, así que no se me ocurrió otra cosa que llamarlo... ¡Que error!... El hombre debió de pensar, con su lógica perruna, “Si este me llama, será porque quiere que duerma dentro con él”... Así que cuando se cansó de esperar a que yo le abriera la puerta de acceso a la casa, se situó debajo justo de mi ventana y empezó a aullar como un lobo siberiano... Yo me volví a asomar y le dije con autoridad: “¡Cállese, coño!”... ¡SEGUNDO ERROR!... Grillo aumentó los decibelios de su queja y entonces, fuera de mí, volví a abrir la ventana y le tiré uno de mis tenis, para caer de inmediato en la cuenta de lo que solía hacer el muy rebenque con cualquier cosa que cayera ante su hocico. Así que tuve que salir al jardín a recuperar el jodido tenis... Cuando me vio aparecer vino a mi encuentro con mi zapatilla de deportes entre sus fauces y empezó a correr de un lado a otro como un loco. Por fin, después de acorralarlo en una esquina, logré recuperar mi tenis todavía indemne y entonces se sentó ante mí, mirándome con la cabeza ladeada como preguntándome: “¿Chacho, serás capaz de dejarme aquí fuera toda la noche, con el frío que hace en Granada?” Así que me deje manipular por aquellos ojillos lastimeros y decidí meterlo en la cocina del chalet ¡TERCER ERROR.

Le llevé las alfombras del dormitorio para que se echara y me volví a la cama. Grillo dejó que pasaran cinco minutos y empezó otra vez a aullar, con el agravante de que la bóveda de la construcción amplificaba y daba eco a sus lamentos... Me levanté, lo metí en la habitación y lo hice echarse a mi lado de la cama en la alfombra recuperada, me eché boca abajo y con la mano izquierda le rasqué la cabeza hasta que me quedé profundo.

A eso de las siete de la mañana me desperté, echado sobre mi hombro derecho, con una sensación que hacía muchísimos años que no experimentaba... Me estaba orinando... ¿Me estaba qué?... Sí, me estaba orinando, sentía la orina caliente bajar por mis muslos... y entonces, aterrado, tomé consciencia de donde me encontraba, estaba en Granada y...: ¡¡¡ME ESTABA MEANDO EN LA CAMA DE MIS FUTUROS SUEGROS!!!.

Medio dormido, me palpé la parte delantera de mi pijama y estaba seca. Entonces, de un salto, me di la vuelta y allí estaba Grillo, pegadito a mí, durmiendo plácidamente. Encendí la luz porque aún era poca la claridad que se filtraba por la ventana, y EL MUNDO SE ME VINO ENCIMA... todavía del pito de aquel malparido goteaba el orín.

Lo saqué de malas maneras de la casa, y nada más sintió bajo sus patas el césped del jardín, se acuclilló y se hizo el número dos más grande yapestoso que jamás ojos y narices humanas padecieran. O sea, que si tardo cinco minutos más en despertarme, la cosa pudo haber sido mucho peor.

Me metí en el chalecito, quité la ropa de la cama, y comprobé que la filtración había calado el colchón y el canapé... ¿Y ahora qué hago?, me preguntaba a puro grito yendo de una habitación a otra como un loco.

A las 08:30 de la mañana decidí llamar a mi futura. Tomó el teléfono Doña Celia, su madre, y algo debió notar en mi voz porque me preguntó: “¿Ha pasado algo?”... yo le dije que no, que sólo quería hablar con su hija. Cuando, al cabo de unos eternos minutos, Celia hija tomó el teléfono, me hizo la misma pregunta: “¿Ha pasado algo?”... “¿Qué si ha pasado algo? – le dije angustiado- que el cabronazo de “TU PERRO” se subió a la cama de tus padres y se meó, eso es lo que ha pasado”... Celia le trasmite a su madre lo que acabo de decirle, y entonces oigo a mi futura suegra decir con bastante retintín: “¿Pero cómo diantres se ha podido mear el perro en nuestra cama, si lo dejamos ayer tarde en el jardín?”...

Cuando regresamos a Madrid, Grillo se quedó, a petición de mi futuro suegro y para que le cuidara la propiedad, en el jardín del chalecito de Armilla, de donde un mal día desapareció... Era demasiado bonito y amigable y a cualquiera le entró por el ojo... ¡Ojalá al ladrón le haya hecho la misma gracia que me hizo a mí!

Bueno, sé que han pasado muchos años, y hace tiempo que no hablo con ella, pero yo estoy convencido que hoy es el día en que todavía Doña Celia piensa que fui yo quien me oriné, allá por el año 75 del siglo pasado, en su blandita cama de matrimonio.

Ha dicho

Braulio A. García

Octubre de 2011.

www.guiadegrancanaria.org